

Performance de una noche de verano

Carmen Flores Mateo

No me apetece nada estar aquí, e intuyo que a mi hermano tampoco, pero ¿qué puedo decir? A veces hay que hacer cosas por los demás y venir a aguantar, durante dos horas, ¡dos horas!, la insufrible “performance” de nuestra hermana pequeña y su “grupo de teatro”, es una de ellas. El local es enano y está lleno de gente. Miro a mi alrededor, todos tienen la misma cara de aburrimiento y de “¿Quién coño me mandaría a mí venir?” que nosotros. Hace un calor insufrible aunque hayan dejado la puerta abierta; no corre ni pizca de viento, no hay aire acondicionado y estamos en pleno julio. Voy a empezar a derretirme de un momento a otro, me sudan las palmas de las manos —¿y de los pies también? Ay Dios mío...— y el culo se me está quedando pegado a la silla de plástico.

Mi hermana y los demás “actores” están dando saltitos por el escenario, improvisado con palets y unos tablones, vestidos de hadas y duendes cutres, con alas llenas de purpurina y compradas en el chino de debajo de su casa, en el mejor de los casos. Se supone que representan una versión libre de “El sueño de una noche de verano”... y yo, que tengo mucha imaginación, puedo visualizar al mismísimo William Shakespeare revolviéndose en su tumba y cagándose en todos los muertos del que eligió la obra.

Intento moverme un poco en la silla, pero no hay manera. Si, definitivamente estoy pegada, creo que estoy haciendo charco con el sudor... uff...

Mi hermana, a sus veinte años y enfundada en unas mayas verdes, es Puck, como no, símbolo de la volubilidad del amor y el que lía todo el follón en la historia, igual que nos ha liado a nosotros para estar aquí. Pero me va a deber un favor muy gordo, ¡vaya que sí! Hermia y Lisandro bajan del escenario cogidos de la mano y dando saltitos, gritando exageradamente que necesitan huir, que el amor es más fuerte que el destino y que se casarán pese a quien le pese, ¡nadie lo podrá impedir! Se paran a mi lado y me miran. Ay madre, que la hemos liado...

—¡Oh bella dama, de dulce mirar, tu ayuda necesitamos sin tardar! ¿Intercederás por nosotros ante Egeo el duro, para que al fin acepte que nuestro amor es puro?

—Eh... esto... eh... yo... —No puedo añadir nada más. Lisandro me ha cogido la mano, me levanta de la silla, no sin cierto esfuerzo, y me lleva dando trompicones hasta el escenario, con Hermia bailando detrás de nosotros y cantando algo así como “Hadas, hadas, la magia de las hadas...”

Me encuentro subida en el escenario y busco a mi hermana con la mirada. “Cabrona, me las vas a pagar...” susurro. Ella no lo oye, pero sé que conoce esta mirada, después de todo no es la primera vez que la ve. En unos segundos me han plantado unas alas azules con su correspondiente purpurina y una especie de tutú, también azul, sujeto a mi cintura con velcro. Mi hermana se acerca saltando y danzando, con una bolsa de terciopelo verde en la mano que me planta delante.

—Oh Titania, Reina de las Hadas del Bosque, los mortales piden tu aprobación —me suelta con una especie de reverencia—. ¡Usa bien los polvos mágicos de esta bolsa, pues contienen el filtro que oprime el corazón!

Se hace el silencio y me quedo con la bolsa verde en la mano. La miro, ella me mira —lo juro—, miro a mi hermana agachada frente a mí, miro a Hermia y Lisandro también con una rodilla hincada a mi lado, miro al público y puedo ver que alguno me mira a mí... ¡Por favor, matadme en este mismo momento, aquí y ahora, no he pasado más vergüenza en mi vida! Giro para mirar el fondo del escenario que representa al bosque de las hadas y, la verdad, desde aquí se ve mucho mejor hecho, más real, como si pudiese internarme entre esos árboles. Un duende algo más bajito que los demás me mira desde detrás de una roca, con sus orejas puntiagudas y una especie de perilla rala y con pinta de rasposa.

—Venga, venga, ¡corra, que nos van a ver! —me dice con apuro y haciendo guiño—. - ¡Mezclarse con los mortales no le puede traer nada bueno, mi Reina!

Sin saber por qué avanzo hacia él —bueno, es que ya os he dicho que no sé dónde meterme— y me agacho tras su roca. Mis alas se pliegan delicadamente, con un sonido como de mariposas, y las telas que me cubren poco pero delicadamente ondean a mi alrededor. Aún sujeto la bolsa en mi mano, y la fina filigrana que indica en letras de hada mi nombre queda en la parte de abajo cuando la coloco sobre el musgo de la piedra.

El viento del bosque revuelve mi pelo y lo llena de hojas verdes y naranjas, mientras levanto la mirada hacia el público... que no está. Estamos rodeados de bosque, el duende y yo ocultos tras la gran piedra. El sol penetra entre los árboles dando a todo una luz dorada. Me levanto de un salto y miro mis manos y mi piel tostada, mis ropas brillantes y mis pies envueltos en una especie de zapatillas de fina tela verde. El viento abre mis alas y me elevo sin saber muy bien cómo unos treinta o cuarenta centímetros, justo antes de que el duende tire de mi pie hacia abajo y me coloque de nuevo tras la piedra.

—¡Mi reina, no! ¡La verán! ¡Los mortales la verán! ¿No se acuerda lo que hicieron con Oberón? ¡La matarán como a él, la despedazarán y cortarán sus alas, riendo y gritando y destrozando su magia! —grita desesperado, realmente desesperado, mirándome con ojos suplicantes.

Oigo ruido de fuertes pasos y, a varios metros entre los árboles, veo sombras más oscuras que la noche que avanzan rápidas pero como buscando algo, observando cada hueco y cada

rama caída, levantando las cabezas hacia las copas de los árboles. El sol se refleja en sus anchas espadas cuando empiezan a acercarse a nosotros y puedo ver el brillo en sus crueles ojos, sus largas barbas apestando a suciedad aún desde esta distancia. Veo que son enormes, una especie de gigantes, que caminan entre los árboles sin miramientos, aplastando plantas y flores. Y veo, con el alma en un puño, cómo una linda y delicada hada de piel morena, con alas naranjas y el pelo cuajado de flores silvestres amarillas, se aprieta contra el tronco de un árbol intentando ocultarse de ellos y consiguiéndolo de momento, aunque intuyo que por poco tiempo.

—¡No puedo consentirlo, no! ¡La encontrarán! —le digo desesperada al duende que me acompaña—. ¡Tenemos que hacer algo!

—Poco podemos hacer, mi Reina, ¡si salimos de aquí nos matarán a todos! —susurra desesperado intentando contener mis gritos—. Mi Reina, no, ¡no!

Tarde, el duende no puede conmigo. Cojo la bolsa de polvos mágicos, que sé que pueden matar entre otras muchas cosas, y vuelo rauda hacia la copa del árbol más próximo, intentando no ser vista. Zigzagueo entre las ramas acercándome a los gigantes, pero no es suficiente, ¡no soy lo suficientemente rápida, se están acercando al hada naranja, la van a encontrar!

Desesperada y sin pensar ya en mi seguridad, bajo en picado hacia ellos, metiendo mi mano en la bolsa y cogiendo un gran puñado de polvos.

—Morid mortales ¡nadie entra en el Bosque sin permiso de las Hadas! —grito como una posesa.

El más alto levanta su cabeza hacia mí y me mira con ojos sorprendidos pero en alerta, y en milésimas de segundo su brazo alza la espada y la veo acercarse con una velocidad asombrosa, y observo su sucio y mellado filo lleno de inmundicias y sangre seca...

Oigo risas y toses, y levanto la mirada para encontrarme con los ojos de treinta o treinta y cinco personas mirándome expectantes.

—Oh Titania, Reina de las Hadas del Bosque, los mortales piden tu aprobación. ¡Usa bien los polvos mágicos de esta bolsa, pues contienen el filtro que oprime el corazón! —me dice mi hermana marcando mucho las sílabas y mirándome fijamente como si fuese tonta—. La Reina debe descansar, su magia puede esperar —decide, y coge mi mano para guiarme al lateral del escenario donde han improvisado unas cutres bambalinas con una sábana vieja, mientras en la sala se oyen cuatro aplausos poco entusiasmados.

—Tía, ¿qué coño te pasa? ¿Tanto te costaba participar un poco? ¡Eres lo peor! —me espeto—. ¿Qué te ha dado? Te has quedado en blanco con la mirada clavada en el infinito, ¡estarás contenta! No sé ni por qué se me ha ocurrido invitarte, ¡siempre estás así!

—¿Eh? —le suelto aturdida, sin entender nada.

Un hada de purpurina cochambrosa aparece y me arranca las alas y el tutu —¡Necesito esto!— Y vuelve a desaparecer.

Mi hermana me mira cabreada, con los brazos en jarras.

—Mira Eva —le digo—, tengo que confesarte una cosa.

—¡Espero que sea una buena excusa!

—A ver... no sé cómo decirte esto... Es que... Mira, tengo un problema que nunca me he atrevido a contaros, me da tanta vergüenza... —titubeo toda ruborizada—. No estoy orgullosa de ello y tendréis que aceptarlo y seguir queriéndome tal y como soy... Verás... A veces se me va la cabeza porque... Soy escritora.

—Anda que, ¡vaya novedad! —suspira, ablandando la mirada, y creo que aguantando una carcajada—. Mira hermana, es penoso, ¡pero qué le vamos a hacer! Podría ser peor... ¡Podrías ser política!